

B
16349 pzc. 4

EDUARDO CARRANZA

SEIS ELEGIAS
Y
UN HIMNO

Entregas «PIEDRA Y CIELO»

A mi amigo Silvio Villegas

Dibujos de Carlos Schloss Pombo

ASI como no podemos concebir el poema condenado tan sólo a su efímera verdad anecdótica, sin nada que lo proyecte sobre su destino eterno y universal, tampoco podemos imaginarlo ajeno a una realidad vital, a una huella profunda de la sangre. Debajo de la modalidad de cada uno, conseguida por la superposición consciente y artificiosa de elementos externos, corre remansada la vida del hombre con un espeso sedimento de sueño, de obscuras tendencias, de deseos no satisfechos, de súbitas defensas, de experiencias celestes.

Eduardo Carranza expresa un vago y trémulo amor dicho con las palabras más azules para no empañar el espejo donde en realidad, nos asomamos nosotros mismos. Hay un amor primario apenas, encauzándose hacia las criaturas menos diferenciadas, buscando en la forma dudosa de las adolescentes el perfume de las pomas aun no tocadas. Es en él y por él que la adolescente pasa tan confiada por nuestra nueva literatura. Antes otros la habían cantado. Eduardo Castillo ya nos había mostrado sus senos pequeñitos punzando los leves linos del poema, pero es solo en Carranza donde toda mujer se hace adolescente y aniña cuanto la rodea. Todo en su mundo está atento a sus más dulces designios. Abiertas azaleas y verticales lirios, lentas mariposas y abejas de siesta, conjuntamente están acendrando la miel para la nubilidad inminente y cernida apenas sobre el vaho de los sueños.

En este momento en que nuestros grandes poetas no tienen quizás un discípulo, Eduardo Carranza hace escuela enrumbando su fuerza amatoria y su diluida conciencia de hombre que sueña hacia el tipo de mujer que por estar más lejana de la muerte nos puede alejar de ella y por estar en formación nos copia como la quieta fuente sobre la cual siempre estaremos inclinados. Miedo a la muerte y narcisismo, dos sentimientos sobre los que se levanta la estructura afectiva del hombre conducen sin duda a la adolescente; y es al rededor de ella que una buena parte

de la poesía moderna teje para rodearla los más puros elementos, elementos que no le borren luz y le añadan transparencia como: aire, agua, brisa y cristal.

Prescindiendo ahora de esa escondida y siempre hipotética determinante de nuestro canto, dejando a un lado los elementos inertes de las palabras, encontramos en su obra escapada a toda materia juzgable, huidiza a la presente realidad del poema, ese algo que apenas llamamos poesía sin intentar definirla. Y es que así como a algunas mujeres solo empezamos a amarlas cuando ya no nos pertenecen, en Eduardo Carranza es una vez hecho el silencio —el silencio del poema— cuando empieza a crecer, calladamente, sobre su tronchado tallo y dentro de nosotros mismos, por encima y más allá de su anchura de sonido y de su profundidad de intención, la pura arquitectura almada e imponderable de su verdad.

Y la verdad de la poesía empieza donde acabaría la verdad de cualquier otra cosa del mundo. Donde la palabra deja de sonar, ¿donde el concepto deja de explicar, empieza el oído a oír y la inteligencia a comprender. Su mágica presencia se esfuma entre las redes de los sentidos, se escabulle de entre los dedos de los gramáticos, rebosa los platillos donde el físico pudiera dosificarla, para invadir el alto espacio que le es propio e inatracable.

Ahora PIEDRA Y CIELO presenta unos últimos poemas de Eduardo Carranza. Quizás nos muestre en ellos un nuevo tono. Tal vez por primera vez aparezca en su poesía la imagen de la muerte; pero es una muerte suya, una muerte adolescente con una fragante guadaña de violetas, que no hiere. En todo caso los poemas de Eduardo Carranza, no podemos medirlos por la belleza de una imagen, ni por la dulzura de su acabada voz, sino por la presencia, casi recuerdo, de su azulada atmósfera.





ELEGIA
a
Maruja Simmonds,
sobre el cielo
de
Popayán

«Como si hubieran apartado un rosal,
o suspendido el ritmo de un cantar,
o abatido, de pronto, una bandera».

Gerardo Valencia

1

EN Popayán de piedra pensativa.
En su clima de tibia melodía.
Bajo una antigua niebla de leyendas
y un trémulo glosario de campanas,
era Maruja Simmonds dulce y firme
con su alma de roble y de violeta.

Bajo ese breve cielo de su frente,
dos primaveras mínimas: los ojos.
Dos recuerdos de luna eran sus manos.

7

Y en su voz anidaba una paloma
de dulzura, de llanto, de sonrisa.
Asomaba la luna por su hombro.

Como un arroyo húmedo de cielos
bajando por los días era su cuerpo.
Como estatua morena de azaleas.
Como caliente nudo de perfume.
Como humana respuesta a las estrellas.
Así Maruja Simmonds en la tierra.

Dibujada en la luz de Popayán.
Por un arpa escoltada y una rosa.
Dos abejas azules en sus sienes
zumbaban y era el alto mediodía,
el cenit amoroso del verano,
la dorada estación de la alegría.

2

Miro con la mirada del poema:
tres doncellas avanzan por un prado,

—verde alfombra de ritmo vegetal—:
Maruja como el Hada del Rocío,
Mercedes como el Angel de las Frutas,
Carmiña de cristales indecibles.

Van tejiendo guirnaldas de canciones.
Son un techo de aroma los naranjos.
Y piensan arco-iris las hortensias.
Carmiña como un ramo de jazmines.
Y Mercedes con nubes en el habla.
Y Maruja morenamente hecha
de distancia y altura como un ala.

3

La muerte con sus ojos de violeta
acechaba en el aire y las ventanas.
Como un viento violeta era la muerte
gimiendo por los largos corredores.
Como invasora niebla de violetas
y violines violeta sollozando.

La muerte con sus manos de violeta
cerró unos párpados. Maruja Simmonds
fue como un dulce río detenido:
río ascendido a nube para siempre.
Y hay naranjos de luto para siempre,
y voces para siempre ya de luto.

4

Ese cuerpo de aroma, ese vacío
azul y transparente del rosal.
La escondida presencia constelada,
sensible sólo al tacto del recuerdo.
La verdad cristalísima del sueño.
Así Maruja Simmonds en su cielo.

Una tronchada música inclinándose
como invisible orquídea de sonido
en no sé qué ventanas, más allá.
Una ausencia indeleble de bandera.
Así Maruja Simmonds en su cielo.
En su vida sin tiempo como el sueño.

5

Se asoma hacia la tierra por los pájaros
y en su nombre nos miran azaleas.
Hay un lirio en el sitio de su cuerpo.
Mariposas preguntan por su voz
en un voluble idioma de reflejos.
Asomada en su alma ella sonríe,
detrás del aire, pensativamente.

y 6

Su tumba: el cielo sobre Popayán.
Su epitafio: de nubes anhelantes.
Su lápida: es el aire azul y claro
que clavan los luceros como clavos.





VIÑETA PARA
ILUSTRAR
UNA ELEGIA

Se habla de la mujer
cantada por
Eduardo Castillo

«María, señora de mis pensamientos
que añoras y sueñas en tierra lejana».

Eduardo Castillo

I

LOS brazos entre olanes, sonreídos.
La estela de su voz llena de abejas.
Su sangre de amapolas circulantes.
Y la hoja perfecta de la frente
levemente curvada por el sueño
como el pecho de un ave cuando canta.

La sombra de sus manos que el rocío
confunde siempre con las azaleas.
Sus manos como un cuento de neblina.
Sus manos que recuerdan a los hombres
una música hundida en la memoria
hace mil dinastías de ruiseñores.

Su boca como un beso detenido.
Como decir alondras y dulzura
y flotar sobre el prado del delirio.
Su risa de cristales incendiados
corriendo de la mano con las fuentes.
Su risa como un velo desceñido.

Y sus hombros de luna deslizada.
Su paso con cintura de violetas.
Y su manera de inclinar la frente
como jazmín vencido por su aroma,
como lirio embriagado de pureza
cuando la tarde piensa las estrellas.

Su cuerpo de fluyentes ademanes
por donde fluye la armonía del alma.
Su presencia indecible de rosales,
de palomas dormidas, y tan bella
como sentirse enamorado cuando
suenan violines en la lejanía.

Y su mirada de brillante aroma.
Su palabra de musgo y de tibieza
en donde parpadean margaritas.
Y su cuello de espuma en equilibrio.
Y su pelo trenzado por el alba
en dos partido, suspirosamente.

II

Vivía en el extremo del recuerdo,
en ciudad perfumada de silencio.
Las flores escalaban su cabeza
y, por la tarde, las enredaderas
alzaban su pregunta florecida
preguntando a la reja por su nombre.

Tú la viste, Maestro. Fue tocando
el piano de concierto de los ángeles?
O tras la ojiva de la nueva-luna?
O en el regreso de una golondrina?
O tras el abanico de los cielos
estrellado de síes indecisos?

Tú la cantaste con tu voz, Maestro,
tan antigua y tan dulce como el beso,
con tu voz que tenía en los luceros
su raíz y la cima en tu palabra;
cantando la llevaste entre tu voz
bajel-insignia de la poesía.

Y fuiste como un Róbinson Crusoe
que tubiera su isla entre los labios,
isla de música donde ella era
tu voz, llena de arpas, que yo canto:
de pie y dorada como la mañana,
blanca y de pie como una lluvia blanca,
de pie y azul como un celeste pino.

Mas si hubieras estado en su presencia
de nácares humanos y de cálidas
respuestas a la sangre interrogante,
tú, Maestro, con voz educadora
de azucenas, los ojos cerrarías
para que ella siguiera siendo sueño.

Y la amaras con tal pureza pura,
como ahora, Maestro, que estás muerto.





DOMINGO

En donde un
hombre se lamenta
como un hombre

UN domingo sin tí, de tí perdido,
es como un túnel de paredes grises
donde voy alumbrado por tu nombre,
es una noche clara sin saberlo
o un lunes disfrazado de domingo;
es como un día azul sin tu permiso.

Llueve en este poema, tú lo sientes
con tu alma vecina del cristal:
llueve tu ausencia como un agua triste
y azul sobre mi frente desterrada.

He comprendido cómo una palabra,
pequeña, igual a un alfiler de luna
o un leve corazón de mariposa,
alzar puede murallas infinitas,
matar una mañana de repente,
evaporar azules y jardines,
tronchar un día como si fuera un lirio,
volver granos de sal a los luceros.

He comprendido cómo una palabra
de la materia azul de las espadas
y con aguda vocación de espina,
puede estar en la luz como una herida
que nos duele en el centro de la vida.

Llueve en este poema y el domingo
gira como un lejano carrusel:

tan cerca estás de mí que no te veo,
hecha de mis palabras y mi sueño.

Yo pienso en tí detrás de la distancia,
con tu voz que me inventa los domingos
y tu sonrisa como vago pétalo
cayendo de tu rostro sobre mi alma.

Con su hoja volando hacia la noche,
rayando de llovizna y desencanto,
este domingo sin tu visto bueno
llega como una carta equivocada.

La tarde, niña, tiene esa tristeza
del aire donde hubo antes una rosa:
yo estoy aquí, rodeado de tu ausencia,
hecho de amor y solo como un hombre.





EL SITIO DE
MI SUEÑO
CANCION DE
UNA TARDE
VAGA Y LEJANA

COMO un valle del tiempo será la tarde aquella,
situada al pie de un día de dorado declive:
vago jardín viniendo, esa tarde ya vive
en el blanco destino de una amorosa estrella.

Sobre la rama última de azul humedecida
picoteando nubes un pájaro estará:
como un agua sombría o un oscuro cantar
la noche cruzará lejos de nuestra vida.

Allí vendrás, oh alta, oh límpida criatura,
con tus brazos de abrazo y tu boca de beso,

con tus manos de espera, de ardiente vuelo preso,
y con tu cuerpo joven de extendida dulzura.

Desde el alba del mundo hacia ese sitio vienes
a través de palabras, de besos, de miradas,
sobre sueños ardientes y sangres anudadas:
tenía la vida el solo objeto de tus sienes.

Tú venías saltando por sobre corazones,
bogando por el trémulo río del humano llanto,
desde el alba del mundo te está oyendo mi canto
venir, brisa morena, suma de anunciaciones.

Será la tarde aquella como un valle perdido
entre un delicado horizonte de anhelo,
con cálidas palmeras empapadas de cielo
y un dolor de jazmines en aroma expandido.

Bandadas de recuerdos, un retorno impreciso
entre olvidos, la vida como un río hacia atrás
reflejo por reflejo, esa flor, nada más,
y tus brazos que cierran un frutal paraíso.

Con palabras tan vagas como presentimientos
decir: eras la música subiendo entre jazmines,
ah, tú eras el ángel azul de los jardines,
eras el leve sitio donde juegan los vientos.

Un pequeño dolor. Un ardor más profundo.
Esa tarde el azul sueña nubes en vano:
para mí bajo el cielo habrá sólo tu mano
levantando la única margarita del mundo.





NADA
MAS

ME queda el alba llena
de presencias azules
y la gota del tiempo
sobre el cristal del sueño.

Me queda el curvo río
donde apoya su frente
la luna mientras canta
con voz delgada y blanca.

Me queda una ventana
con orla de sonrisa
y miradas sembrando,
tiernas, su enredadera.

Y, la espiga del alma,
su dorada verdad,
queriendo ser estrella:
ya quieta claridad.

Con los brazos abiertos
me queda el horizonte,
y, aquella margarita
muerta con su secreto.

Y un amor, un amor
más alto que mi canto,
que me torna celeste
y me asciende la cálida
guitarra de la sangre.

Me queda esa ciudad
de campanas hundida
en mi cerrado mar,
y un dulce caracol
que me da su rumor,

hallado en esta humana
playa de las palabras.

Me quedan, vagamente,
la mariposa diáfana
de la luz, una tarde
limitada de música,
aquel perfil de la luna
y una voz que me nombra
cubierta de rocío.

Y el rumor cristalino
de la hora, creciendo,
surtidor hacia el frío
espacio de la muerte.





SOLEDAD
SOBRE
SU BLANCO
LUCERO

POR tu sola dulzura, Soledad,
se aclara dulcemente la amargura
y es claramente azul la desventura,
Soledad, por tu sola claridad.

Y es más bella que el sueño esta verdad
de verte clara, sola, dulce y pura:
tan alta de pureza y de dulzura
sobre el lucero blanco de tu edad.

Iguales tu presencia y tu recuerdo,
tu voz y tu mirada están de acuerdo
y por tus ojos habla la belleza;

Soledad solamente acompañada
por la luna de mi alma desvelada
en el bruno jazmín de tu cabeza.



HIMNO
PARA CANTAR
EN LOS JUEGOS
BOLIVARIANOS

*Es en la sangre primavera
y, por el mástil de la luz,
como bandera marinera
el alma sube hacia lo azul.*

1

Sea una vida fuerte y bella
de nuestros actos norte y sur
y, el corazón como una estrella
puro y en alto, Juventud!

2

Sobre la página del día,
claras muchachas, dibujad
con vuestro cuerpo la alegría
de ser de bronce y de cristal.

3

Como redondo pensamiento
un viento azul infla el balón
y, hecho dos alas, está el viento
en la espalda del corredor.

4

Silba la fina jabalina,
silbo del hierro volador,
vuela el que nada en la piscina.
del agua límpido aviador.

5

Parece un eco la raqueta
llena de elástica pasión
y, humana saeta en la meta
de la carrera el vencedor.

6

Sobre la pista resonante
como un ángel vuela la luz
al triunfador con su diamante,
condecorando, Juventud!

*Es en la sangre primavera
y, por el mástil de la luz,
como bandera marinera
el alma sube hacia lo azul.*

7

Nuestra América tierna y dura
tiene forma de corazón
y está cñiendo su cintura
la banda azul del Ecuador.

8

Lírico barro americano,
cobre de amor y de dolor:
patrias en haz que une la mano
celeste del Libertador.

9

Nuestra América toda cante,
de pié su sangre en nuestra voz:
clara y vibrante, semejante
a una lanza bajo el sol.

10

En nuestros brazos se levanta
la patria de granito y miel
cuyo líquido canto canta
el río en su cuerda fiel.

11

Conságranos tus caballeros
Padre Bolívar, tú que estás
con los arcángeles guerreros
en tu nube de eternidad.

12

En cada frente un sueño puro
ponga su gajo de laurel
bajo el pórtico del futuro
y el clarín del amanecer.

*Es en la sangre primavera
y, por el mástil de la luz,
como bandera marinera
el alma sube hacia lo azul.*

13

Un avión cruza, que resume
toda la olímpica emoción:
como jardines un perfume
o una flor todo el amor.

14

Oh capitán, oh capitán
que por azul estadio corres:
flechas las almas a tí van
y los mil brazos de las torres.

15

Hay suspendida en la mitad
del cielo un águila dorada
y el día se alza como espada
de jubilosa claridad.

16

Y hay un clamor, un gran clamor,
como una ola vertical,
hasta las estrellas de Dios
creciendo por el viento-mar.

17

Zumban abejas delirantes
de luz, de luz, de luz azul,
vuelan victorias espejeantes
sobre el estadio, Juventud!

18

Un tiempo heróico se presiente
con su pecho de tempestad
y esta consigna en la alta frente:
crear, servir, luchar, cantar.

19

Con viril actitud de vuelo,
el paso olímpico y gentil,
ir nos verán mar, tierra y cielo,
al encuentro del porvenir.

*Es en la sangre primavera
y, por el mástil de la luz,
como bandera marinera
el alma sube hacia lo azul.*

FINAL

Cuerpos de fresca geometría,
tallos de hierro y de jazmín
para la flor de la alegría:
hoy os levanta de perfil
el pavés de mi poesía
en los hombros del porvenir.



Esta cuarta edición de PIEDRA Y CIELO

presenta

SEIS ELEGIAS Y UN HIMNO

de Eduardo Carranza, en edición de quinientos
ejemplares cuya impresión se terminó en los
talleres de la

EDITORIAL CENTRO S. A.

en Bogotá el 30 de noviembre de 1939

705283
p. 4

«PIEDRA Y CIELO»

Entregas quincenales

Dirige: JORGE ROJAS

Apartado Nacional 929

Bogotá, Colombia



SUSCRIPCIONES

En el País.	12 números	\$ 6.00 m./c.
En el extranjero. "	"	\$ 4.50 U. S.